

ESCRITURAS DE UNA INCERTIDUMBRE COLECTIVA

Luz Karime Santodomingo Orozco / Compiladora



ESCRITURAS DE UNA INCERTIDUMBRE COLECTIVA

Luz Karime Santodomingo Orozco
Compiladora

COLABORAN ESTUDIANTES DE UNINORTE:

Sarai Patricia Prins Serrano
Dayan Xiomara Mesa Blanco
Kiara Alejandra Miketta Rojas
Rafael Andrés Llerena Camelo
Jorge Gibrán Eljaik Arteaga
Sayd Peñaranda Guerra
Yilma Felizzola Oñate
Juan Camilo Díaz Jiménez
Catalina Barceló Rueda
Carolina Mercedes Vecchio Camargo
Magda Lucía Freyle López
Laury Nayeth Cantillo Navarro
José Luis Fragozo Lara
Juan Pablo Rico Pimienta
Laura Isabel Ballestas Torres
Luis Elit Carpio Silva
Robin Maury Barrera

DESDE UNA BARRANQUILLA
EN AISLAMIENTO SOCIAL OBLIGATORIO
Y PREVENTIVO, 2020.

Escrituras de una incertidumbre colectiva / Luz Karime Santodomingo Orozco, compiladora; colaboradores, Sarai Patricia Prins Serrano [y otros 16]. –Barranquilla, Colombia: Editorial Universidad del Norte, 2020.

69 páginas ; ilustraciones a color ; 24 cm.
ISBN 978-958-789-214-7 (PDF)

1. Literatura colombiana – Siglo XXI. 2. Poesía colombiana – Siglo XXI. 3. Cuentos colombianos – Siglo XXI. I. Santodomingo Orozco, Luz Karime, comp. II. Prins Serrano, Sarai Patricia. III. Tit.

(Co863.5 E74 ed. 23) (CO-BrUNB)



Vigilada Mineducación

www.uninorte.edu.co

Km 5, vía a Puerto Colombia, A.A. 1569

Área metropolitana de Barranquilla (Colombia)

© Universidad del Norte, 2020

Luz Karime Santodomingo Orozco Compiladora

Coordinación editorial / Corrección de textos

Farides Lugo Zuleta

Diseño y diagramación

Geraldín Acevedo España @hojadeltrópico

Diseño de portada

Ana María Barrios Figueredo

Ilustraciones

Ana María Barrios Figueredo

Revisión y arte final

Munir Kharfan de los Reyes

Hecho en Colombia

Made in Colombia

© Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio reprográfico, fónico o informático así como su transmisión por cualquier medio mecánico o electrónico, fotocopias, microfilm, *offset*, mimeográfico u otros sin autorización previa y escrita de los titulares del *copyright*. La violación de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

EXISTE OBRA LITERARIA,
EN MI OPINIÓN, EN CUANTO
UN ESCRITOR SE MUESTRA CAPAZ
DE MANIFESTAR Y DE IMPONER
UNA VERDAD: LA DE SU RELACIÓN
CON EL MUNDO, LA DE SU MUNDO.

SIMONE DE BEAUVOIR



C O N T E N I D O

8

PRÓLOGO

A PROPÓSITO DE HALCONES, VIRUS Y PALABRAS

Joachim Hahn

11

PRESENTACIÓN

ESCRITURAS DE UNA INCERTIDUMBRE COLECTIVA

Luz Karime Santodomingo Orozco

14

POESÍA

15

YA VOLVEREMOS

Jorge Gibrán Eljaik Arteaga

16

SIN TÍTULO

Por Sayd Peñaranda Guerra

17

MARÍA MULATA

Yilma Felizzola Oñate

18

CUENTO

20

EL CENTÉSIMO DÍA

Sarai Patricia Prins Serrano

25

ATRIA

Dayan Xiomara Mesa Blanco

28

HÉROES EN LA AGONÍA DE UNA PANDEMIA

Kiara Alejandra Miketta Rojas

30

¿DÓNDE ESTÁ MAMÁ?

Rafael Andrés Llerena Camelo

35

MICROCuento

37

EL ABRAZO

Juan Camilo Díaz Jiménez

38

LA PROMESA

Catalina Barceló Rueda

39

CONTAGIO

Carolina Mercedes Vecchio Camargo

40

CRÓNICA

42

VAMOS AL SUPERMERCADO

Magda Lucía Freyle López

45

UNA CUARENTENA CON MUCHA COMPAÑÍA

Laury Nayeth Cantillo Navarro

50

CRÓNICAS DE UN HOMBRE CON MENTE ABIERTA

José Luis Fragozo Lara

54

CRÓNICA AUTOBIOGRÁFICA SOBRE UN CASO DE ASPO (AISLAMIENTO SOCIAL, PREVENTIVO Y OBLIGATORIO)

Juan Pablo Rico Pimienta

61

DICCIONARIO

63

Laura Isabel Ballestas Torres

66

Luis Elit Carpio Silva

68

Robin Maury Barrera



EL MUNDO
ES MUY
COMPLEJO

2020

PRÓLOGO

A PROPÓSITO DE HALCONES, VIRUS Y PALABRAS

El proyecto de este libro inició con unos halcones y sus ojos hipnóticos. Probablemente peregrinos. Por una razón poética: recibir su fugaz visita en el marco de la ventana, responder a su mirada inquisidora, después o antes de su viaje de miles de kilómetros; es motivo de reflexión inevitable. Más aún si quien lo hace está confinado en su habitación, y su ventana es la única y mínima aproximación a la libertad, que aquel disfruta de manera tridimensional desde Alaska hasta la Patagonia.

¡Cómo quisiéramos volar así, por un cielo infinito y azul, jugar con las nubes, acariciar los paisajes!

Pero, este virus, esta minúscula esfera de proteínas, grasas y ácidos nucleicos, nos obliga a reconsiderar por completo nuestra condición de especie dominante en el planeta; este COVID-19, que nos ha forzado a una cuarentena brutal, nos lo impide. Nos ha cortado las alas, ha nublado nuestra visión, ha generado angustia y pesadillas, día a día, noche tras noche. Nos ha sumergido en una depresión colectiva de dimensiones bíblicas.

¡Lo que halcón y virus no conocen, ni saben, es que poseemos la palabra!

Y es que esa asombrosa capacidad para representar pensamientos, por medio de símbolos abstractos —caracteres, letras—, acompaña

exclusivamente a nuestra especie desde hace, por lo menos, seis milenios: todas las culturas se construyeron alrededor de la palabra, gracias a la palabra. Si "cultura" es un concepto que se relaciona con "cultivar", las palabras son, sin duda, sus semillas: con ellas se captura la belleza y el saber; se expresa todo sentimiento, se crea la memoria, se zurce el infinito tejido de nuestras relaciones. Sin la palabra, en especial la escrita, nuestro intelecto y nuestro espíritu serían desiertos, yermos desolados y tristes, estériles y sin futuro.

¡La palabra resuelve los enigmas de la libertad y de la felicidad!

Durante estos sesenta siglos de existencia y evolución de la palabra escrita, no solo nuestra cultura se construyó alrededor de su formidable capacidad comunicativa, también las redes neuronales de cada individuo, nuestra interpretación visual, la motricidad fina de nuestras manos; todo se adaptó y adoptó a la escritura como un precioso y potente mecanismo para la humanización individual y colectiva. Esta íntima fusión, construida a lo largo de milenios, entre cultura, psiquis y escritura, constituye un fluido dinámico y sutil en el que sus componentes, más que cajas negras separadas entre sí, forman un continuo vital en el que, si se influye sobre uno, se afecta inevitablemente a los otros.

¡Este es el mejor momento para cultivar el poder de la palabra!

De ahí que, en esta época de confinamiento inesperado y radical, con su impacto demoledor en la interacción y las relaciones interpersonales, esencia del ser humano, conviene hacer uso de los ancestrales y profundos efectos de la escritura: expresar sentimientos, crear belleza y saber, aliviar las ansiedades individuales y colectivas, construir memoria. Es un buen momento para celebrar algo que nos distingue como seres humanos, nos diferencia, nos influye individual y colectivamente de múltiples y enigmáticas maneras: la escritura.

En consecuencia, la convocatoria Escrituras de una incertidumbre colectiva, maravillosamente organizada por los profesores del Centro de Escritura ECO, con el apoyo de colegas de los departamentos de Lenguas y de Humanidades; la Editorial Uninorte y de Bienestar Universitario, se propuso celebrar la palabra escrita por varias razones, entre ellas, repito, su poder sanador, su aporte a la memoria y a la consolidación de las habilidades de comunicación de nuestros estudiantes.

Para ellos, mis colegas y compañeros organizadores, mis más sinceros y emocionados agradecimientos, ante todo por asumir con creatividad y compromiso esta celebración de uno de los actos más humanos que se pueda imaginar: la escritura (lectura incluida).

A todos nuestros estudiantes que participaron, quienes son nuestra razón de ser, mis profundas y sentidas felicitaciones: han demostrado con creces que el talento existe, que el deseo de crear los inspira y que las actuales circunstancias no los obnubila ni los paraliza.

A todos ustedes: organizadores y participantes, lectores y visitantes, bienvenidos al disfrute repetido de esta selección de escritos, inagotable pócima, bálsamo para el espíritu, memoria de una magnífica y prometedora generación de jóvenes en tiempos de incertidumbre.

Lo que inició como una conversación entre dos colegas sobre unos preciosos halcones vagabundos y los demoleadores efectos anímicos de la cuarentena derivó así en una celebración inesperada del mágico poder de la palabra escrita, como un ejercicio individual y colectivo de sanación y esperanza, de genuina resiliencia.

Puerto Colombia, julio de 2020.

POR JOACHIM HAHN

Vicerrector Académico de la Universidad del Norte

PRESENTACIÓN

ESCRITURAS DE UNA INCERTIDUMBRE COLECTIVA



En esta crisis colectiva y personal, la Universidad del Norte consideró relevante abrir espacios para la creación artística, pues es a través de cualquier expresión de arte que podemos interpretar y reinterpretar la realidad al mismo tiempo que sobrellevarla. Es por esto que el Centro de Escritura ECO, con el apoyo de la Editorial Uninorte y Bienestar Universitario, decidió crear un nuevo espacio para la escritura creativa con el concurso que decidimos titular Escrituras de una incertidumbre colectiva.

En lo personal, mi escritura es un acto vital, no porque mi vida dependa de ella, sino porque solo puedo escribir a partir de mis experiencias, de lo conocido, de lo vivido, de mí. Cuando el vicerrector, Joachim Hahn,

propuso la idea de hacer un concurso de escritura, únicamente pude pensar que las categorías debían dar la posibilidad de explorar y expresar lo que las y los estudiantes estaban viviendo en este contexto tan incierto para todos. No imaginamos, ni en la predicción más atrevida que se nos ocurriera, el alcance que este concurso iba a tener.

Participaron, en total, 150 estudiantes de todos los programas, tanto de pregrado como posgrado, con 200 textos distintos. Se recibieron textos en todas las categorías: cuento, microcuento, crónica, poesía y diccionario. En esta última, los participantes debían mandar mínimo tres palabras con sus respectivos significados. Estas palabras podían ser inventadas, si sentían que no existía un término en español que diera cuenta de una emoción o situación nueva, o palabras existentes resignificadas desde su experiencia durante la cuarentena.

En todas estas categorías se exploraron temas como la soledad, la compañía excesiva, la resignificación de lo cotidiano, el mundo después de la pandemia, la otredad, el futuro, el trabajo, el cuidado, la ciudad, la tecnología; pero, más allá de los temas, todos los textos nos hicieron ver la visión particular de cada autor sobre la vida, la pandemia y la experiencia propia; y cómo esa mirada particular es también compartida por una colectividad, por nosotros los lectores.

La convocatoria se abrió el 29 de abril de 2020 y los resultados se dieron a conocer el 8 de junio, en una transmisión en vivo por el canal de Uninorte Colombia en YouTube. Los textos fueron revisados por un grupo de 11 jurados, conformado por profesores y profesoras de la Universidad. Fue un trabajo arduo en el que se tuvo en cuenta la creatividad, la buena redacción, la relación con el tema y la estructura de cada género. Al final, se escogió un primer y segundo puesto de cada categoría, y se decidió, además, dar también menciones especiales, pues el nivel de creación artística fue bastante alto.

En este libro se encuentran recopilados estos 17 textos escogidos, donde el lector o lectora podrá disfrutar de estas perspectivas personales y colectivas sobre la pandemia y el encierro. Cada autor(a), desde su categoría, usa el ingenio para plasmar las preocupaciones del presente y recordarnos que, aunque es un evento global, lo vivimos desde nuestra propia singularidad.

A pesar de pertenecer a categorías específicas, cada texto es único. En los cuentos, por ejemplo, encontramos ciencia ficción y terror; en los microcuentos encontramos sarcasmo, ternura y humor negro. Todos los textos aquí presentes apelan, de manera muy original, a los sentimientos más profundos del ser humano: el amor, la soledad, la muerte, el miedo; pero, sobre todo, sus autores logran transformarlos en belleza, que les sacará a ustedes, lectores, una sonrisa o una lágrima.

En definitiva, este libro recoge el resultado de un ejercicio y un espacio que recuerda a los estudiantes que, más allá de lo académico y de las obligaciones propias del estudio, la escritura también existe para crear mundos y para poner en el universo el mundo propio, o como dice Simone de Beauvoir en uno de sus ensayos sobre literatura: "Existe obra literaria, en mi opinión, en cuanto un escritor se muestra capaz de manifestar y de imponer una verdad: la de su relación con el mundo, la de su mundo".

Los invito, queridas lectoras y lectores, a navegar este universo lleno de mundos tan distintos como propios, a conocer otras verdades que nos ayudan a reconocer también las nuestras, a identificarnos en los 17 mundos íntimos que aquí habitan.

Prometo seguir brindando espacios como este.

POR LUZ KARIME SANTODOMINGO OROZCO

Compiladora y directora del Centro de Escritura Eficacia Comunicativa (ECO).

POESÍA

YA VOLVEREMOS

Por Jorge Gibrán Eljaik Arteaga

Ganador del primer lugar en Poesía

Estudiante de séptimo semestre de Filosofía y Humanidades

Ya volveremos
y como olas romperemos las puertas,
y bracearemos cuesta abajo
hasta llenar las calles y los andenes.
Y esquivaremos semáforos,
y doblaremos esquinas,
y colgaremos en los cables los tenis viejos,
y las paredes terminarán huyendo de nosotros.
Y mientras nos ensuciamos de ruido,
nos entregaremos entre risas al mar
y cuando estemos justo en la cresta de la ola
y nos miremos confiados,
el barro ya se habrá empozado muy hondo
y una arena eterna nos cubrirá la mirada.

SIN TÍTULO

*Por Sayd Peñaranda Guerra
Ganador del segundo lugar en Poesía
Estudiante de cuarto semestre de Derecho*

Afuera todo cae,
ya los pájaros visten de negro
y se preparan
para la danza de los huesos.
Rodeándolos todos gritan:
suena un vals de alaridos;
esperando unos tras otros
su turno de bailar.

MARÍA MULATA

Por Yilma Felizzola Oñate

Mercedora de la mención especial en Poesía

Estudiante de noveno semestre de Psicología

Llévate en el pico o entre las patas
esta soledad mía.
Déjala caer donde quieras
y cuando quieras, pero que sea lejos.
Lejos de aquí
lejos de mí
y cuando lo hayas hecho, vuelve.
Vuelve que me gusta verte
y que me veas.
Me gusta sentir que intentas descifrarme,
como tratando de probar
que no eres tú la del mal agüero.

CUENTO



EL CENTÉSIMO DÍA

Por Sarai Patricia Prins Serrano

Ganadora del primer lugar en Cuento

Estudiante de séptimo semestre de Ingeniería Industrial

Al señor Max Davidson, un neoyorquino moderno, no muy joven, simpático, carismático, imperfecto, pero suertudo, graduado en Administración de Empresas y Negocios Internacionales, experto en bienes raíces, lo tomó por sorpresa la desagradable noticia. Un empleado del hotel cinco estrellas Prado Gold, donde tenía varios días hospedado, le explicó la restricciones y estrictas obligaciones, por orden presidencial, de utilizar tapabocas y guantes en los corredores, ascensores, estancias y otros lugares del hotel. Las visitas quedaban prohibidas y las salidas eran sin retorno.

Max hablaba un español no muy fluido, pero se hacía entender.

—Hoy espero una visita —dijo contrariado y con voz triste. Igual de tristes estaban sus ojos azules detrás de los lentes de aumento.

—No hay visitas, Mr. Max —explicó el empleado.

No contento con lo hablado, llamó a la administración, persuadiendo al gerente para que dejara entrar la visita de ese día.

—No hay visitas, Mr. Max. Lo siento.

Discutió toda la tarde el asunto y los acusó de secuestro; hizo sus maletas y estuvo a punto de salir neurótico a otro hotel.

—Debe haber uno mejor —decía en su idioma, gritando frases soeces. Su celular repicaba con insistencia. Cuando por fin contestó, quejumbroso e insatisfecho, se percató de que la llamada provenía de Nueva York; era su esposa, Teresa Ruaid, una mujer trigueña, hija de una latina casada con un americano.

—Max, amor... No salgas. —Su voz trémula y afanosa lo sacó del estado neural—. Son miles los muertos, Max. Cuídate, no salgas. Usa tapabocas.

Fue así como pudo entender que no se iría del hotel.

Teresa le envió un video de los cadáveres, por miles, en los hospitales de Nueva York. Max sintió un espanto, quedó petrificado.

Duró veinte días conversando con los consulados, embajadores, amigos diputados que le debían algún favor y gerentes de empresas de aviación, que le explicaron que las fronteras estaban cerradas y los vuelos restringidos.

Quedó desbaratado. No se perteneció de ahí en adelante. Su rostro se llenó de pelos amarillos y su cabello creció desmedido.

Se acordó de Teresa Ruaid, trató de comunicarse, pero un hilo helado corrió hasta sus pies cuando no encontró ninguna respuesta. Fue presa fácil del pánico. Caminaba de un lado a otro mientras insistía en la llamada.

Sus ojos, detrás de los lentes, ya no eran tan hermosos, tenía ojeras que le bajaban hasta los pómulos que antes eran rojizos como manzanas.

Otro comunicado entró por debajo de la puerta. El hotel informaba que, debido a la situación, el ochenta por ciento de los empleados había sido despedido y otro diez por ciento se había marchado por temor, por voluntad propia, sin remedio... La mayor parte de los huéspedes había regresado, de alguna forma, a sus lugares, muy pocos se quedaron ya que eran extranjeros.

El tiempo caminaba paralelamente con el desastre, sin reversa, sin piedad, "inmisericorde", como lo llamó Euterio Palacini, administrador del hotel, italiano solitario y un tanto amanerado, correcto, buen amigo, servidor y estricto. "En lo que he quedado", remilgaba.

Entró con la llave maestra a la habitación de Max, pues había notado que tenía días sin contestar el citófono. Entró con sigilo, caminó el lugar buscándolo. En el interior de su atavío llevaba los vellos de la piel erizados, con justa causa, el día anterior había encontrado, en el diez cero nueve, el cadáver del holandés Wolfkhan Trainss, bollando boca abajo en la tina del baño.

Por fin, Euterio Palacini encontró a Max Davidson, lánguido, de cara a la calle, con la puerta ventana abierta de par en par. Tenía la mirada perdida y tres tapabocas uno sobre otro. El azul de sus ojos, en la penumbra, parecía opaco y sin vida. La bermuda a cuadros que tenía puesta apesataba a orín y su tez estaba de un blanco intenso.

—Otro muerto —dijo Euterio, en voz alta. Max se dio media vuelta.

—Un... un astronauta... —dijo delirando.

El italiano tenía puesto un traje de apicultor, hecho de lino blanco de la cabeza a los pies, con una escafandra, que compró tiempo atrás, para ahuyentar a las abejas africanas del jardín.

—Está vivo, Mr. Max. Ahí le dejo en la nevera lo único que sé cocinar, arroz y lentejas. —Se marchó en el silencio de Max Davidson y la penumbra fue su cómplice.

El americano consideró que el comentario de estar muerto era digno de ignorar, pues todo el mundo estaba muriendo. Esta vez no se incorporó.

Siguió soñando con su padre muerto; con su madre enferma; con Piere, el hombre más pobre de la empresa; allí se detuvo y se dijo: "Carajo... al final todos somos iguales".

Sí, Max se cocinaba a fuego lento, hervido en una olla de desespero, sin resiliencia alguna, turbado por no poder escapar de la realidad absoluta y abrupta de un virus asesino, que caminaba errante por el mundo, llevándose las vidas de los incautos que ignoraban cuán letal era; las vidas de los afanados por el hambre.

Ya no había conciencia en él, lloraba por sus estupideces, por sus infidelidades secretas que lo punzaban. Ahora las veía como un roto en la cobija oscura con la que había arropado su picaresca vida de hombre machista y adúltero. No pudo modificar, ni tampoco mover, las heridas de su arrogancia para ponerse a paz y salvo con las atrocidades cometidas a los seres que lo habían amado desde siempre.

"Ya para qué", se dijo sin esperanzas, sin remedio. Hasta llegó a acordarse de Dios, a quien jamás había contemplado. Le rogó incrédulo que lo llevara a su tierra natal, para morir en un parque, a la sombra de un árbol milenario.

Mientras los días pasaban, sin prisa, sin demora, habían iniciado los saqueos. Las autoridades no pudieron contener la hecatombe. Eran miles, morían a causa del hambre o del virus que cabalgaba como en un sueño apocalíptico, en un caballo desbocado en el que su jinete no encontró rival.

El hedor de las calles subía hasta el piso dieciséis, Max cerró todas las puertas y ventanas.

Cien días duró el aislamiento, cien días duró el padecimiento. Los chinos sacaron a la venta la vacuna.

Mientras todo esto ocurría, Max Davidson siguió comiendo arroz y lentejas preparadas por el italiano, Euterio Palacini.

La esposa de Max había sobrevivido a la hecatombe. Con ayuda de la tecnología, halló la señal de su GPS y lo encontró. Era un hombre de barbas, envejecido, mechudo, en los puros huesos. Teresa lo reconoció por la mirada triste escondida en el azul de sus ojos, la piel pegada a los pómulos y sus manos suaves, con la huella de un hombre renovado y perdonado por Dios. "Ya estoy aquí, mi amor... ya estoy aquí".

Los médicos y rescatistas, buscadores de sobrevivientes, lo vistieron con los atuendos especiales de protección y se lo llevaron.

Euterio Palacini continuó mirando el rescate, nadie jamás vio que derramó algunas lágrimas, conmovido por semejante escena. Le había tomado mucho cariño al hombre blanco de pelos amarillos. En realidad, nadie le prestó atención, y mucho menos escucharon su adiós, porque estaba metido dentro de la escafandra de apicultor que, un día cualquiera, compró en el comercio sin pensar que le salvaría la vida. Se quedó solo, regando las hortensias y jazmines que habían florecido en el pedestal del pasillo a las afueras de un patio soleado, con la esperanza de que, algún día, todo volvería a ser igual en el hotel Prado Gold.

ATRIA

Por Dayan Xiomara Mesa Blanco

Ganadora del segundo lugar en Cuento

Estudiante de tercer semestre de Comunicación Social y Periodismo

“Todos los habitantes deben abordar las naves en el menor tiempo posible. Mantenga la calma y, de forma ordenada, aborde la nave de su colonia lo más rápido que pueda”. Los parlantes de la subestación no paran de reproducir el mismo mensaje. Se refieren a las naves que están ubicadas en las colonias. Cada una está capacitada para alojar a 5.000 personas, una cifra exagerada para los habitantes de Atria.

Apnea es una estrella lunar de Urano que los humanos descubrieron hacia 2035 y produce una incandescencia parecida al sol. De ahí depende la luminosidad de la estación. Atria está dividida en 50 subestaciones flotando alrededor de Apnea. Estas se interconectan por una estación principal que, vista desde el exterior, parece un círculo aplanado alrededor de una esfera del que se desprenden secciones con terminaciones ovaladas. Algo muy similar a la estructura molecular de un virus. Apnea solo es capaz de emitir luz, por lo que cada subestación está recubierta por una fina capa transparente de una mezcla de metales y minerales que se encargan de formar un campo magnético —gravedad—, al mismo tiempo que proveen calor y protegen a cada estructura del frío del espacio. También hay una cúpula que se abre y cierra cada 15 horas con la que la subestación queda en profunda oscuridad, similar a la noche en la Tierra.

Todas las subestaciones del sistema están divididas de la misma forma: conductos subterráneos que suministran agua y oxígeno, drones de vigilancia que circulan por el cielo atriano para capturar la emisión de CO₂ y depositarla en el espacio; además, 14 colonias conformadas por estructuras rectangulares destinadas para vivir y el resto del terreno está destinado para cultivos. De estos depende la subsistencia de los habitantes de las colonias. Y gracias a ellos también se hacen intercambios de productos con los habitantes de las otras subestaciones.

El gobierno político y social está a cargo de la escuela de científicos que organizó el desplazamiento desde la Tierra hacia Atria. Ellos se encargaron de dividir la población sobreviviente y establecerla en cada subestación, además, de dividir los cultivos y, por ende, las formas de organización y trabajo.

Aquí estamos los humanos después de que no pudimos superar la pandemia que se produjo en China, en 2019, y se expandió por el mundo entero. Al tratar de reducir la propagación del virus, COVID-19, cada nación cerró sus fronteras y proclamó autonomía en su territorio. Ante la tragedia, las potencias mundiales crearon químicos que lanzaron a la atmósfera en un intento desesperado por eliminar el virus. Pero, esto hizo que se produjera un gran orificio en la termósfera y desencadenara un efecto dominó en el que la Tierra inició una etapa de esterilidad, dejando de producir alimento, agua, petróleo y volviendo el aire cada vez más tóxico. Los gobiernos de cada país depositaron todos sus fondos y esfuerzos en encontrar una solución, pero ni la ciencia ni la tecnología lograron remediar el asunto. Después de concluir que el daño era irreparable, iniciaron la construcción de Atria, la estación a la que solo pudimos llegar los humanos que sobrevivimos a la pandemia y a los 20 años de sequía y hambre. Incluidos los integrantes de EVA, una lista de científicos a los que se encargó la misión Fénix, el nuevo comienzo de la raza humana.

Muchos de los que llegamos aquí perdimos toda o la mayoría de nuestra familia, por lo que nos dividieron en igual cifra a hombres, mujeres y niños, y nos asignaron a una subestación. Al salir de la Tierra, la radiación produjo en muchos de nosotros alteraciones neuronales y, en los peores casos, causó esterilidad en las mujeres. Por lo que, desde que llegamos, la población no ha aumentado. La adaptación al nuevo espacio llevó un poco más de tres años. La lista EVA se encargó de la estabilidad física y psíquica de cada persona. Pronto toda la población se había adaptado a la nueva atmósfera.

Tenemos subestaciones que se encargan de labores científicas, así como de entrenamientos físico-militares y de enseñanza. El resto se dedica a la agricultura y todo funciona bajo los parámetros de una economía solidaria, algo que, sin duda, hubiera salvado a la Tierra de tan terrible deceso.

Hace cuatro horas un meteoro chocó con la subestación 18, por lo que tuvo que ser desprendida de Atria. Esto ha provocado inestabilidad en toda la estación, los de EVA no han podido reparar la fuga de oxígeno y toda Atria está sufriendo una inclinación gradual que, de seguir así, podría provocar el desfase de la estación. Esto significaría una muerte lenta para todos. Es por eso que los parlantes de cada subestación no paran de emitir el mismo mensaje: "Aborde las naves en el menor tiempo posible". Una vez todos aborden, estas despegarán para orbitar en el espacio cerca de la estación. Esperamos que EVA repare los daños causados, de lo contrario, estaríamos condenados a vagar por el espacio.



HÉROES EN LA AGONÍA DE UNA PANDEMIA

Por Kiara Alejandra Miketta Rojas

Mercedora de la mención especial en Cuento

Estudiante de noveno semestre de Psicología

Juanita, de 5 años, despierta. Sus padres le dicen que hoy no debe ir a la escuela, que el mundo está conmocionado y que en casa no entran monstruos. Se emociona por la noticia.

Marlon, de 14 años, sumido en la depresión, piensa que esto es lo mejor que le pudo pasar al mundo; que es lo que merecemos y que ya no tendrá que aguantarse el matoneo de sus compañeros.

Catalina, de 26 años, se lamenta por no haber estudiado lo que siempre quiso, ahora odia su trabajo más que nunca. Además, extraña a su novio, quien no le ha escrito desde hace 3 días. Piensa que es porque está gorda, y evalúa la idea de empezar a hacer ejercicio.

Francisco, de 39 años, tiene que salir a vender aguacates cada día. Toma su tapabocas lavado y piensa en la ruta de calles que debe seguir para no encontrarse con la policía. Para él no ha habido mejor época en su negocio que esta.

Julio, de 44 años, llega a casa con la cara marcada, se estremece de negarle el saludo a sus hijos. Entra a su cuarto y le da la noticia a su esposa: uno de sus pacientes ha sido positivo.

A Martín, de 53 años, lo consume la ansiedad. Lo despidieron de la empresa en la que trabajaba, piensa en lo inútil que ahora resulta su edad y en el pago de los servicios domésticos. Se encuentra en un país que no es el suyo y del que no saldrá por ahora.

Fernanda, de 64 años, piensa que el tomillo, la miel y el limón siempre estarán de su lado, que el reenviar noticias por WhatsApp pone a salvo a sus familiares y que la tecnología 5G se posa sobre la cabeza de todos nosotros.

Claudio, de 70 años, está deseoso por salir, no cree en la magnitud de la situación y solo piensa en ir a jugar dominó con sus compadres. Su esposa espera la hora en que la cuarentena acabe para no sentir más la dureza de sus puños.

Manuela, de 89 años, piensa que ya lo ha visto todo. Ora 3 rosarios por la mañana, no olvida tomar su café de las 3 de la tarde y piensa que esta es otra prueba más de Dios para desasirse de la miseria humana.

Yo, de 21 años, pienso que me he reencontrado con todas mis versiones. Que algunas mañanas me parezco a Juanita, Marlon, Julio, Manuela, y otras, soy como Catalina, Francisco, Martín o Fernanda. Que nos estamos deconstruyendo a medida que el mundo se destruye. Entonces, pienso que somos efímeramente eternos y que cada uno de nuestros actos pesa aun en medio del calor de una sopa a mediodía.

¿DÓNDE ESTÁ MAMÁ?

Por Rafael Andrés Llerena Camelo

Merecedor de la mención especial en Cuento

Estudiante de noveno semestre de Ingeniería Mecánica

¡Carajo! La sesión de meditación online se cruzó con su horario de lectura. Y para colmo no tenía mucho tiempo para esta última; debía terminar un taller de cálculo para la medianoche. Caótico, confuso. Así le parecía a Alberto que se había tornado su día.

Se demoró quince minutos actualizando su agenda.

Muy bien, ahora podría hacer el taller si dejaba la lectura para la noche —madrugada—, sacrificando, eso sí, unas dos horas de sueño.

Ahora que nuevamente todo estaba en orden se dispuso a trabajar, pero el sonido de un violento choque lo interrumpió.

"¿Y ahora qué?", pensó. Parecía que algún objeto frágil había sido lanzado al suelo.

—¡Má! ¿Qué fue eso? —Nadie contestó.

Se levantó de su silla, y salió del cuarto directo a la cocina. Encontró un montón de fragmentos de porcelana china sobre el piso; dragones y samuráis azules descuartizados por todo el lugar. Pero, Mamá no estaba allí limpiando.

Alberto se asustó. Pensó que alguien podría haber entrado en la casa, y que, tras forcejear con su madre, la habría dejado inconsciente, amordazada y oculta en quién sabe dónde. Y aún más grave, quizá todavía estaría allí, observándolo.

Caminó sigilosamente a través de los pasillos. Pero no había ni un alma. Entonces... ¿Mamá había salido? Qué raro, ella solo salía en los días que le correspondía. Y aun si lo hubiera hecho, se habría llevado sus llaves que, en cambio, estaban tiradas en la mesa del comedor.

Buscó y rebuscó. Por cada cuarto, por el baño, el patio y hasta se asomó a mirar la terraza por la cortina. Nada, ni su presencia, ni su sombra. Consideró por un instante la posibilidad de que estuviera en la casa de algún vecino. Pero es que ni siquiera tenía amigos en ese vecindario, no había motivos para pensar que se había asomado, así fueran unos minutos, a la reja. Sería además algo irresponsable, así no era Mamá. Se hicieron las tres de la tarde. Horario de cálculo.

Alberto, sin embargo, estaba ocupado llamándola por teléfono. El destartalado Samsung J5 de Mamá sonó en el cuarto de ella, debajo de la cama, pero Mamá no estaba allí tampoco.

Aquello solo ayudó a empeorar las suposiciones en la cabeza de Alberto. Pronto, se vio desesperado. Ya había pasado más de una hora y Mamá no aparecía. Saldría. Si no la encontraba, oculta quizá en algún rincón impensable, donde el ladrón —que muy cobardemente se había escapado— la había dejado amordazada, Alberto saldría a buscarla.

El reloj dio las cuatro y media. El sol se estaba poniendo, y aún no había rastro de ella. Era el horario para descansar, pero ¿quién iba a descansar en semejante situación!

Decidió salir a la terraza, preguntar a los vecinos si la habían visto salir.

Como las casas adyacentes estaban separadas entre sí por espaciosos "jardines" —repletos de plantas muertas—, tendría que gritar para que lo escucharan. Siempre estaba el viejo Arturo al frente, pendiente de todo, y a veces también la Martica en la casa de al lado, dándole a su bulldog el correspondiente paseo diario de veinte vueltas alrededor de la terraza. Cuando salió, sin embargo, descubrió que afuera no había nadie. Era como si la cuadra entera se hubiera coordinado en un minuto de silencio, uno eterno. Extrañamente, el matarratón reseco del viejo Arturo parecía ahora más vivo que nunca.

A la vez que Alberto admiraba la escena, un montón de horripilantes sonidos comenzaba a aparecer. Eran lamentos, ladridos, golpes a paredes y puertas azotándose. Todo aquello ocurriendo simultáneamente en todos lados, menos en su casa. La situación llegó a un punto en el que Alberto se vio obligado a taparse los oídos. Estaba temblando, tenía miedo tanto de seguir afuera como de entrar, pero decidió hacer lo segundo. Una vez dentro, cerró la puerta principal con todos los seguros. Aquellos espantosos sonidos no se iban, pero ahí en la casa se sentían lejanos, ajenos. Parecía como si adentro gobernara un silencio. Esa sensación lo abandonó cuando alcanzó a distinguir un lamento que venía del pasillo de arriba. Se quedó inmóvil, recostado sobre la puerta, escuchando.

—¿Mamá? —Se le escapó a Alberto. Pero no obtuvo una respuesta clara. Estaba convencido de que era ella. Que había una razón lógica para su ausencia. Pero no quería saberla, solo bastaba con que ella estuviera allí.

Subió lentamente mientras imaginaba lo peor, pero al llegar no vio a nadie. Aun así, era innegable que ese sonido provenía de ahí.

De pronto, algo empezó a azotar las puertas de los cuartos con violencia, como pateándolas. Luego, unos puños enfurecidos empezaron a atacar las paredes. El lamento se transformó en desgarradores gritos de dolor.

La frase "Mamá, soy yo" salió en más de una ocasión de la boca de Alberto, pero *aquello* no parecía reconocerlo ni escucharlo. Entonces, Alberto decidió dejar de razonar, y empezó a azotar, golpear y gritar. En cierto momento, le pareció que sus gritos eran correspondidos. Alberto se los dirigía con un tono igual o más desgarrador, y la criatura pausaba los suyos hasta que lo dejaba de escuchar y volvía a gritar. Él siguió haciéndolo hasta que la fuerza de su garganta se agotó. Los golpes y alaridos de "Mamá" también cesaron. El silencio volvió a apoderarse de la casa, y de la cuadra.

Al rato, Alberto entró a su habitación. Ahí todo estaba patas arriba: un montón de papeles y libros en el suelo, habían rodado la cama, el colchón lo habían tirado —dejando las tablas polvorientas al descubierto—, el armario estaba abierto de par en par, y toda la ropa se encontraba desparramada entre la cabecera de la cama y el piso. Si bien aquello alcanzó a hacer algo de ruido en Alberto, él no hizo nada más que tirarse sobre las tablas.

Se hicieron las doce y media de la madrugada. Horario de lectura.

Todo permanecía caótico y confuso. Alberto estaba sentado en su cama, sin haber movido nada más que el libro en sus manos. Estaba leyendo *La máscara de Ripley*, en vez de *El juego de Ender* —cuyo autor aborrecía, pero por ser un clásico había empezado a leerlo. A diferencia del perfecto Ender, Tom le parecía tanto más divertido como real, más cercano; siempre encerrado en su propio mundo.

Leyó hasta que, a las dos y cuarto —horario de planificar todo el día siguiente— el sueño lo venció.

A las seis y media de la mañana, un grito despertó a Alberto:
—¡Alberto, hijo!, ¿dónde estás?

Él abrió sus ojos de inmediato. Era Mamá, ¡de verdad era ella!

Corrió hasta la cocina y, antes de que pudiera cruzar el umbral, unos brazos lo rodearon.

—¿Dónde estabas? ¿Dónde estaban todos? —preguntó ella entre sollozos.

—Aquí, Má... Creo que estábamos aquí.



MICROCuento

6:17pm



EL ABRAZO

Por Juan Camilo Díaz Jiménez

Ganador del primer lugar en Microcuento

Estudiante de segundo semestre de Ingeniería Civil

Me contó mi abuelo que hace unos 40 años un ejército invisible sometió al mundo. Era tan fuerte, pero a la vez tan débil e indefenso que bastaba agua y jabón para exterminarlo. Acabó con una sexta parte de la humanidad y obligó al distanciamiento social, nada volvió a ser lo mismo. Cuando terminó su historia se me acercó y dijo que quería abrazarme. Yo no sabía qué era un abrazo.

LA PROMESA

Por Catalina Barceló Rueda

Ganadora del segundo lugar en Microcuento

Estudiante de séptimo semestre de Comunicación Social y Periodismo

—¿Eso significa que no volverá? —Al parecer el llanto de mamá nos había despertado a ambos. Asentí sin saber qué más decir. Supongo que no existen cursos sobre cómo explicar estas cosas a un pequeño de seis años.

—¿Puede pasarte lo mismo a ti? —La luz de la lámpara iluminaba lo suficiente como para ver que sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—No, mi amor. Yo voy a estar aquí contigo —respondí poniendo un mechón de su cabello detrás de su oreja.

—¿Me lo prometes?

Él sabía que no le iba a hacer una promesa que no pudiera cumplir. Para él, una promesa mía cancelaba cualquier posible efecto que pudiera tener el virus sobre mí. Cancelaba cualquier peligro al que yo me pudiera exponer. Cancelaba cualquier posibilidad de que un día saliera y no volviera como su abuela.

—Te lo prometo. —Besé su frente y se volvió a dormir. Aunque la incertidumbre me gritara lo contrario, me iba a convencer de que era una promesa que podía mantener.

CONTAGIO

*Por Carolina Mercedes Vecchio Camargo
Merecedora de la mención especial en Microcuento
Estudiante del Doctorado en Economía*

—¡Salud! —exclamó la abuelita de Caperucita Roja.
—Lo siento, abuelita —respondió Caperucita. Y en medio de lo que parecía un nuevo ataque de tos, se levantó para abrazarla y añadió—: No traje un pañuelo conmigo.
Entonces, nadie les advirtió del nuevo COVID-19 feroz.

CRÓNICA



VAMOS AL SUPERMERCADO

Por Magda Lucía Freyle López

Ganadora del primer lugar en Crónica

Estudiante de tercer semestre de Comunicación Social y Periodismo

Luego del anuncio del presidente Iván Duque, de comenzar el aislamiento preventivo obligatorio para evitar la propagación acelerada del coronavirus, para muchos los hogares se convirtieron en el único espacio de trabajo, estudio y ocio del diario vivir.

Después de 10 días sin salir, debido a la cuarentena, ya era mi turno. La última vez que salí y tuve contacto con personas, la cancelación de ceremonias de grado de la Universidad del Norte se había convertido en telenovela mexicana y un saludo afectuoso siempre era bienvenido; nos quejábamos del trancón y el bullicio de los carros diarios, tres días después, una tos separaba a más personas que los matrimonios prematuros y el mundo se paralizaba ante un enemigo intangible.

34 excepciones son las que contiene el Decreto N° 457 que rige desde el 22 marzo de 2020, entre esas la "adquisición de bienes de primera necesidad (alimentos, bebidas, medicamentos, entre otros)", y que, además, sugiere la salida de una sola persona por familia. Ya era mi turno.

Vamos al supermercado

Los primeros minutos afuera, caminando por las calles solitarias, figuraban la tranquilidad que cualquier amante de las caminatas matutinas anhela. Un aroma de mañana y los pájaros, como de película, cantando los buenos días, además, ni un solo carro. Pensaría uno: "Ojalá fuera así todo el tiempo". Visualmente, era perfecto.

Entre más pasa el tiempo y avanzo en el camino, los oídos se agudizan, lo único que inquieta al silencio son mis pasos y las llaves chocando entre sí. Deseaba realmente que algún sonido interrumpiera el suspenso que traía el viento moviendo una que otra hoja. Vi personas tratando de protegerse del COVID-19 usando tapabocas, guantes y el infaltable antibacterial de bolsillo.

Al llegar me encuentro con una fila de aproximadamente 10 personas en la puerta del supermercado. Como medida de seguridad, es necesario que cada persona esté mínimo a dos metros de distancia de otra, y en el interior del lugar, no más de 13 personas. A medida que salían del supermercado, la fila de afuera se acortaba. El guardia que saludaba a todos y cordialmente les pedía esperar también mantenía su distancia. Sin hablar, todos compartíamos el mismo sentimiento de impotencia y de incredulidad de estar pasando por esta situación, pero creo que muy dentro todos agradecíamos el "contacto" con las personas desconocidas.

Visualmente, casi que asustaba

El Decreto N° 420 del 18 de marzo de 2020 (antecesor del Decreto N° 457) prohibía la aglomeración de más de 50 personas.

Prohíban las reuniones y aglomeraciones de más de cincuenta (50) personas, a partir de las seis de la tarde (6:00 p.m.) del día jueves 19 de marzo de 2020, hasta el día sábado 30 de mayo de 2020.

Cinco días después —con el nuevo decreto—, tres ya era tumulto y “aislamiento” se convirtió en la palabra del mes, después de “coronavirus”, claramente.

Una vez dentro del supermercado había que ser breves, inconscientemente se siente la responsabilidad de no hacer esperar a los que están afuera y de no exponerse mucho tiempo. En efecto, fue breve. Luego vendría el protocolo de limpieza en casa.

Saliendo del supermercado, las personas cedían el paso y caminaban apresuradamente también. Eran alrededor de las 9 de la mañana y lo único diferente era la intensidad del sol, y que ahora mis manos estaban ocupadas por bolsas de compra, impidiendo refrescarme la cara del calor, por desgracia (o fortuna en este contexto). En el afán de no llevar cosas de más para lavar, incluyendo bolsas, me limité a empacar muchos alimentos en dos bolsas excediendo su capacidad y haciendo que el peso debilitara el plástico al punto de casi romperse.

Al seguir caminando, se presenta ante mi vista un choque de realidad aún más fuerte que la soledad de las calles, ese problema que siempre está, pero es fácil ignorar caminando entre tumultos. Para muchos con trabajo de oficina es más fácil seguir en casa, que para aquel que su comida diaria depende de estar en la calle.

Una madre con dos hijos, uno de brazos y otro que la seguía a paso lento. Llevaba una bolsa de dulces vendiendo al vacío y con la esperanza de que los pocos que pasaran le comprarán; un policía se acercó y le pidió los documentos. Yo seguía caminando, pero estaba próxima a perderlos de vista. Segundos después, el policía y aquella familia de tres se alejan caminando hasta que no los puedo ver más, sin embargo, una reflexión seguía rondando en mi cabeza y a la bolsa de compra llena de alimentos se le sumaba el peso del remordimiento, esta vez sí se rompió.

UNA CUARENTENA CON MUCHA COMPAÑÍA

Por Laury Nayeth Cantillo Navarro

Ganadora del segundo lugar en Crónica

Estudiante de tercer semestre de Comunicación Social y Periodismo

Hace unos 8 meses, mi madre, mis dos hermanas y yo nos vimos obligadas a mudarnos con la familia de mi tío, Alfonso Navarro —quien es esposo de Maribel Trejos y juntos son padres de tres hijos (Lauren, Karolay y Luis)—, debido a que presentamos una crisis económica. Por ello, actualmente vivimos en una casa que cuenta con tres cuartos, dos baños (uno con regadera), una pequeña cocina y una sala amplia, donde ahora por la cuarentena obligatoria tratamos de convivir 9 personas.

La convivencia antes del confinamiento era mucho más fácil, ya que la mayoría de los integrantes de la familia no permanecía gran parte del día en la casa. Por ejemplo, Alfonso Navarro (quien es el único que trabaja y brinda sustento a toda la familia) solo estaba presente 10 días al mes; por nuestra parte, su hija (Lauren Navarro), mi hermana (Ángela Cantillo) y yo pasábamos la mayor parte del día en la universidad, o Ángela haciendo sus prácticas laborales; y los más pequeños, Karolay Navarro, Luis Navarro y Meylin Cantillo, asistían a clases, por lo que únicamente pasaban medio día en la casa. No obstante, con el aislamiento obligatorio todo cambió, y ahora los 9 estamos en la casa al mismo tiempo, tratando de acomodarnos de la mejor manera.

Inicia el día y todos tratan de levantarse con mucho cuidado para no tropezar con nada y no despertar a nadie, ya que en un cuarto donde cabe estratégicamente un camarote y un colchón de espuma, duermen 5 personas (2 primas y 3 hermanas).

No tenemos mucho que hacer, así que la mayoría se despierta tarde. Por ello, cada uno es responsable de prepararse su desayuno, hecho que es mejor así, ya que en la mesa no cabemos todos. Sin embargo, muchas veces cuando se preparaba el almuerzo siempre había alguien tratando de prepararse el desayuno, razón por la cual la mayor parte del tiempo había más de una persona en la cocina. Frente a esto, Maribel Trejos instauró un decreto: "El que se levante a las 10:30 a. m. y quiera hacerse desayuno, no lo voy a dejar porque a esa hora se prepara el almuerzo". Aun así, se sigue presentando congestión en la cocina.

Cuando se sirve el almuerzo, nos turnamos para poder comer cómodos en la mesa. No obstante, si tienen mucha hambre o no les incomoda, pueden comer en el sofá, el cual les brinda una mejor vista al televisor. Siempre almorzamos viendo las noticias. Nosotros adoptamos esta costumbre debido a la alarmante situación por la que está pasando el país y el mundo, así que la familia prefiere mantenerse informada. Además, esto también se debe a que tenemos familiares en otros países e igualmente nos preocupamos por ellos.

Luego del almuerzo y de escuchar la eucaristía —esta familia es católica y muy creyente—, en la casa se llega a un punto de ocio en donde todos pueden hacer cosas diferentes (excepto ver televisión para ahorrar luz). Karolay y Lauren leen o tratan de distraerse con el celular, Ángela ve ánimo desde la computadora, Maribel busca cualquier actividad entre quehaceres y manualidades, Linda Navarro duerme para matar el aburrimiento y Alfonso ahora tiene que trabajar desde casa.

A veces, Luis Navarro hace ejercicio y Alfonso lo alienta alzando la vista desde el computador: "Vamos, King, si te haces 20, te compro algo". Por ende, Luis se esfuerza, aunque normalmente no pasa de las 10 barras. Sin embargo, ha sido un gran avance, pues antes no podía hacer ni 5.

Luego, Alfonso Navarro termina su trabajo y comienza su rutina de ejercicio. Debido a que por la cuarentena no puede trotar como lo hacía antes, se enfoca en otro tipo de ejercicio, y su hijo, Luis Eduardo, lo ayuda.

Uno de los problemas que presenta esta gran familia son los baños, ya que hay dos y solo uno cuenta con regadera, así que nos toca gritar turno para poder bañarse: "¿Quién viene después de Lauren?", "¡Yo!", "Ve y que vienes tú, voy yo, ¿no escuchaste cuando grité?" (discuten Ángela y Karolay para ver quién entra primero al baño), pero al final del día todos logran bañarse.

Lo más difícil de convivir con ocho personas es el ruido, la casa jamás está en silencio. El ruido afecta en la concentración que necesita Alfonso para realizar su trabajo, también es un poco incómodo para mí y Lauren porque ambas necesitamos silencio para atender nuestras clases. A pesar de esto, Meylin Cantillo comenta: "Aprendí que a mi prima, Lauren Navarro, le gustan las rancheras viejas; a mi tío le fascinan las champetas africanas, aunque no sepa cómo bailarlas; todos conocieron el gusto de mi hermana mayor por el rock and roll y el rock pesado; vi a mi mamá bailando reggaetón al ritmo de Bad Bunny y mi tía comparte conmigo el gusto por la música para planchar".

Otros que están sufriendo el encierro son las mascotas, tres perritos acostumbrados a tener mínimo un paseo por día, pero que ahora tratan de pasar tiempo en el patio. Normalmente se les ve durmiendo y solo se les siente cuando lloran por su paseo.

Pueden convivir en una casa nueve personas y tres perritos, pero esta familia lleva una guerra con las plagas que han aparecido debido a la acumulación de objetos. Por ello, tratamos de hacer una limpieza completa dos veces por semana para deshacernos de ellas.

Luego del tiempo de ocio, vienen de nuevo las noticias y la cena, que se realizan con el mismo procedimiento: tratamos de distribuirnos lo mejor que podemos entre el comedor, mal acomodado, y el sofá. Mientras cenamos, se escucha y se habla acerca de lo que sucede en el país y el mundo.

Alfonso y Maribel se turnan el parqueo del carro, que sacan en la mañana para que la familia pueda tener la terraza libre y lo vuelven a guardar en la noche para mantenerlo seguro. "Amor, déjame manejarlo a mí también, porque, como vamos, se me va a olvidar cómo manejar", le dijo Maribel a Alfonso en el tercer día de cuarentena.

Otra de las costumbres que adoptamos por la cuarentena es la noche de películas para pasar el tiempo. Lauren Navarro comenta: "Personalmente, no acostumbro a ver películas por factores de tiempo o interés, pero es muy entretenido verlas junto a todos. Mi mamá se emociona con las películas de amor y las que cuentan historias tristes, mientras que mis primas menores, por otra parte, no son fanáticas de las películas de terror. Por esto, siempre hay una discusión debido a que mi prima mayor quiere ver películas de terror, mi mamá quiere ver sus películas románticas y a mi papá le gusta recordar su juventud viendo películas viejas; normalmente nos gusta ver las películas que propone mi papá solo para juzgar la pésima edición o efectos especiales que se usaban en la época y que eran el boom del momento".

Esta cuarentena nos ha enseñado a convivir, a conocernos más y a ser unidos. Además, este aislamiento ha hecho que muchas cosas cambien: antes los más jóvenes no queríamos hacer mandados y ahora discutimos

por quién va a la tienda para estirar un poco las piernas. Este confinamiento nos hace valorar la vida: "Yo no quiero morirme y no quiero que ninguno de ustedes muera, son mi familia y como familia saldremos de esto unidos", dice Maribel antes de comenzar la oración diaria, la cual se hace en alguna de las tres comidas. Sé que muchas personas están pasando esta difícil situación en soledad, por eso agradezco tener compañía, incluso, aunque sea excesiva.

CRÓNICAS DE UN HOMBRE CON MENTE ABIERTA

Por José Luis Fragozo Lara

Merecedor de la mención especial en Crónica

Estudiante de tercer semestre de Comunicación Social y Periodismo

3 semanas de confinamiento: una vida no tan diferente

Cuando llegó a mi cabeza la idea de escribir sobre los días que he pasado confinado en mi casa, y los cambios que he llegado a tener durante tal tiempo, me di cuenta de que, en realidad, nada ha cambiado. Para mí, el distanciamiento social ha existido desde siempre. En mi mente existe un concepto igual a ese. Cuando mi relación con una o varias personas se torna muy amistosa, las ideas tales como desconfianza, falta de afecto, interés, se expanden por mi organismo como el propio COVID-19 en miles de personas. Lo único que cambia es que, al parecer, ese virus solo me afecta a mí. Pero, retomando al punto inicial, según muchos, estos tiempos de confinamiento son para tener momentos con uno mismo, encontrarnos con nuestro interior y abandonar toda tentación de excesos. Lo curioso es que, en este confinamiento, es lo que menos he hecho. Irónicamente, cuando era la oportunidad de estar acompañado, disfrutar del calor humano, era cuando me encerraba más en mí mismo. Y ahora que es tiempo de estar encerrados y darse la oportunidad de conocerse a sí mismo, quiero conocer más el exterior. De igual forma, no cambiaría mis noches solitarias despierto hasta el amanecer por algún evento con muchas personas. Pienso que, simplemente, algunos aceptamos el confinamiento por naturaleza, después de todo, pasamos

meses en el vientre de nuestras madres, dependiendo de su alimentación y de su cuidado. Así han sido estas tres primeras semanas. Mi casa se convirtió en el vientre; mi madre, mi protectora y la que me alimenta, y yo, un bebé que cada día siente curiosidad por todo.

6 semanas de confinamiento: experiencias vividas

Considero que el ser humano tiene una forma de adaptación y aceptación muy peculiar. Cuando tienes a alguien encerrado en una casa, sin la posibilidad de crear nuevas experiencias, la vida puede perder sentido, así que te encargas de revivir experiencias pasadas que ocupen ese vacío. No importa qué tan claro tengas esos viejos recuerdos, siempre sentimientos nuevos llegarán a ti. Entre las viejas cosas que recordé están las innumerables veces que estuve enfermo e internado por semanas en un hospital. Traté de comparar mi experiencia con la de muchos contagiados de COVID-19, pero me fue imposible. Yo tenía la certeza de que había un tratamiento para el dengue, chikunguña, o cualquier enfermedad parecida. También, veía a mi madre todos los días; podía abrazarla, podía besarla, sin ningún temor. Aquellos contagiados en todo el mundo solo tienen la certeza de que su corazón dejará de latir en algún momento, y que la única compañía que tienen son doctores y enfermeros a los que ni el rostro pueden ver por sus trajes.

Por otra parte, también recordé la hermosa sensación de tener un rayo de sol dándome en la cara. Muchas de esas veces solo sentía cansancio, picazón. Ahora, la única forma de recordar aquel sol es cuando cortan el servicio de electricidad en mi casa y me quedo recostado en mi cama en medio de la oscuridad. Quién diría que solo permaneciendo en la oscuridad sentiría nuevamente un calor parecido al del sol. Creo que es una de las desventajas de ser barranquillero. Uno extraña ese calor del sol en todo momento.

9 semanas de confinamiento: dueños del mundo

Entre los aspectos positivos que ha tenido el confinamiento está el

hecho de que el mundo tuvo un respiro. Mientras el ser humano se refugia en sus casas, los animales, también. Volvieron a tomar lo que es suyo desde hace años y que, por culpa del ser humano, han perdido. Es certero para mí afirmar que no hay criatura más molesta que el ser humano. Nadie disfruta de su compañía, pero este, ciegamente, cree que lo requieren en todas partes. Esto lo descubrí en todo este tiempo con mis gatos. Al principio, creo que se preguntaban por qué no salía en las mañanas, como solía hacerlo cada vez que iba a la universidad. Luego, creo que se preguntaban por qué pasaba tanto tiempo con ellos. Y después, sí estoy seguro de que se preguntaban por qué no los dejaba dormir. De ahí surgió mi envidia hacia ellos. No hay ser vivo más preparado para un confinamiento que un gato. Nada lo perturba, nada lo molesta. Sus problemas los resuelve durmiendo. No habla tanto y te reconforta en los momentos oportunos. Además, he descubierto que tiene más cultura ciudadana siendo un animal, en lugar de una persona. Normalmente, los gatos se trepan por los techos y hacen fiesta con los otros gatos, caminan por la calle y hablan con todos los vecinos, pero, mi gato no ha salido en nueve semanas. Mientras tanto, en los edificios del norte de la ciudad hay reuniones hasta altas horas de la noche, en el sur los vecinos se juntan a tomar cerveza en las tiendas, y hay otros que se creen inmunes. En realidad, todo ser humano se cree inmune. Ojalá los gatos lo fueran.

12 semanas de confinamiento: semanas de gloria

Aunque es incierto el momento cuando volveremos al mundo exterior, muchos ya piensan en todo lo que harán una vez salgan. Sin embargo, dudo que hagan algo memorable o lejos de sus actividades típicas. Entre tanto, hay otro grupo de personas que se concentra en hacer algo diferente en este confinamiento: aprender algo nuevo, disfrutar cosas nuevas. Yo me incluyo en este último grupo, pero añadido también otra creencia: de este confinamiento, o sales con algo nuevo o con mejores experiencias que las que tenías antes. Para mí, mis nuevas experiencias han sido esperar cualquier hora del día para que mi papá, quien por esta

situación no está trabajando y pasa más tiempo en casa que lo habitual, pase por mi habitación, me mire, toque mi brazo, y con una sonrisa a medias, sin palabra alguna, asienta con su cabeza y luego salga. Me he acostumbrado a esa forma extraña de expresar su cariño. Por otra parte, también están las experiencias con mi hermano. Él no habla mucho como yo, pero, por supervivencia, aprendimos a sacar temas de conversación. Él también llega a mi cuarto, me mira, me toca el brazo, y me habla de cualquier serie en Netflix, cualquier película en la tv, o cualquier libro de nuestra biblioteca. En ocasiones, se acuesta junto a mí y vemos cualquier cosa en la televisión. Pienso que los dos sentimos el mismo cariño uno por el otro. Él quería a alguien con quien compartir la vida, y hasta ahora he hecho más que eso. He compartido la vida y confinamiento con él. Por último, están mi madre y mi abuela. Con ambas he adoptado la necesidad de un café cada tarde, pero todavía no tengo el conocimiento necesario para hablar mientras ellas lo hacen, así que solo me concentro en preguntar. Ellas organizan sus charlas todas las tardes, y poco a poco he tomado la confianza para acercarme y formar parte de las charlas también. Las charlas se basan en anécdotas de su juventud, la mayoría basada en nuestra familia. Nunca conocí a mi abuelo, pero, según mi abuela, tampoco era muy interesante. Solo tomaba y fumaba hasta que no pudo más. Mi mamá habla de sus días de gloria, aquellos en los que tuvo todo. Mi sorpresa fue que sus días de gloria fueron cuando nacimos mi hermano y yo. No le pregunté, pero estoy seguro de que estos días a los que nosotros nombramos "de confinamiento", para ella son sus días de gloria. Así que, estás 12 semanas de confinamiento cobran algún buen sentido para mí también.

CRÓNICA AUTOBIOGRÁFICA SOBRE UN CASO DE ASPO

(AISLAMIENTO SOCIAL, PREVENTIVO Y OBLIGATORIO)

Por Juan Pablo Rico Pimienta

Merecedor de la mención especial en Crónica

Estudiante de séptimo semestre de Filosofía y Humanidades

Lo limpié hace como un mes. No sabía bien por qué, pero de un momento a otro sentí que debía deshacerme de esa mugrosa capa polvorienta, obstructora, gris. Desenganché las rejillas, desenrosqué la rosca y bajé el aspa. Me fui con ellos al patio y los dejé en una silla esperando, mientras preparaba el lugar y los instrumentos requeridos para la operación. Instalé la ponchera con la medida justa que encajaba en el hueco de la batea, justo debajo de la llave. A su lado ya: el agrietado jabón azul, la manoseada bolsita de detergente en polvo —compuesto esencial dentro de este procedimiento— y, afortunadamente, una digna esponja nuevecita para estrenar. Desde el momento en que abrí la llave, todo fluyó con deliciosa inconciencia.

Un polvo quita a otro polvo. ¡Y vaya que me gustó cómo quitó el polvo-limpiador al polvo-ensuciador! Caminé afanosamente al cuarto ya con las vainas limpiécitas. Lo armé con el mismo cuidado con que procuré desarmarlo. Una vez armado, volví a colocarlo en lo alto, donde pertenece. Y mientras me iba alejando para bajarme de la silla no pude contener mis ansias de estirar mi mano para buscar el cable que colgaba de él, agarrarlo, y conectarlo a la corriente. Le giré la rosquita de las velocidades y lo puse en tres, la máxima. Me quedé un rato sentado

gozando de su potente remolino que me enfriaba el cuello y el pecho, húmedos de sudor. ¡Blanco! ¡Limpio! ¡Freeesco! ¡Ve, cómo echa más fresco ahora! Y mi mirada se perdía loca por unos instantes en las rejillas, en el espacio entre ellas que antes ocupaba la mugre y ahora no.

Hoy, mi mirada se vuelve a pasear por entre esas rejillas. Aquí, sentado, nuevamente gozando de la brisita rica, sin reparar mucho en ello, estoy aquí, otra vez, idiotizado, viendo cómo han vuelto a surgir esas vibrantes pelusas grisáceas. Y no puedo evitar la invasión del preguntarme cuánto tiempo más tiene que pasar para que esas pelusitas holgazanas se conviertan de nuevo en capa mugrosa lanuda. ¿Cuándo tengo que volver a limpiarlo? ¿Será que lo hago mañana para evitar que se me olvide más adelante? Pero, también es que me da mamera limpiar.

Me jarto de la pendejada del abanico y bajo la mirada y entonces... veo, justo frente a mí, el reflejo deformado de mi cuarto y a mí mismo en la copa de la lámpara de mi mesita plástica-escritorio. Naturaleza muerta con espejo esférico. La puerta, el marco, el techo, el closet entreabierto con los libros, los potes, los fólderes, la pila de zapatos añuñidos en la parte de abajo. La pared, los patéticos cuadros colorinches, fantasiosos. "Yo", ahí sentado, viendo a las cosas, siendo observado por ellas. Otro montonsito de libros al fondo, el espejo donde cuelga en una esquina un viejo rosario que no sé si era de mi mamá, junto a una barba de mentiras que me pongo a veces para mamarle gallo a la gente de esta casa, haciendo de un personaje dizque musulmán, dizque terrorista, dizque venido para imponer por fin un orden autoritario que traerá la verdad a este escenario tan dulcemente caótico que es este hogar. Dizque chistoso, porque si no hacen lo que el supremo jefe decreta, entonces el castigo consecuente es hacer estallar una bomba, mientras grita como maníaco: ¡Allahu Akbar! O sea: "¡Dios es el más grande!", pero en árabe.

Más cosas, cosas, cosas. El cuarto está lleno de vainas. Y todo se me hace más irreal y extraño en ese hinchado reflejo de las cosas.

Por las noches, me arrimo a veces hacia la esquina de mi cama que da a la ventana y la abro. Me quedo ahí echado, entre la oscuridad del cuarto, mirando hacia afuera. A veces, no consigo seguir el tiempo, en el modo en que acostumbré a seguirlo. Me quedo solo viendo por entre los barrotes de la reja. Todo parece tan estático, paralizado. ¿Es la misma noche? ¿La misma calle? ¿Las mismas casas? ¿Los mismos árboles? ¿El mismo cielo oscuro? ¿La misma tenue nebulosa lejana que cubre como manto los techos? Entonces, pasa alguien. Otras veces, una moto. Un carro. Pero nunca se dan cuenta que los estoy viendo. Nunca me han podido ver a mí, en esta oscuridad.

Empecé a jugar una noche a asustar a los que pasaban frente a mi casa. Me he quedado despierto hasta las dos o tres, la mayoría de las noches. Cuando asusto a la gente que pasa a esas horas caminando, en medio de la alucinante soledad de ahí afuera y el sonido del suprimido rumor nocturno que solo ahora se ha percibido al dejarse de percibir —creo que este sonido es lo más cercano al silencio absoluto, y eso lo he encontrado particularmente intrigante—, me regocijo. Me inquieta asustar gente. Me emociona. Era un juego que hacía con mi primo cuando éramos niños. Lo he revivido después de diez y pico de años, de un momento a otro... así de la nada, como sacado del sombrero de un mago, aunque siempre estuvo ahí. Consiste en sisear a la gente que pasa. Pero no es tan sencillo, tiene su truco. Toca cogerlos en el momento en que estén más desprevenidos: ni tan cerca, que sepan de dónde proviene el sonido, pero tampoco tan lejos, que entonces no lo escuchen. Claramente, la oscuridad es primordial: más que un camuflaje, ella debe volverse parte de ti y tú de ella. Entonces, cuando ya tienes ese

momento, ahí debes hacerlo: ¡Psss!, ¡psss!... Y esperar la reacción de la gente que es el objeto primordial de este infantil y perverso juego. Sí, los niños son perversos también. O qué creían, ¿que los únicos juegos macabros eran los de los "adultos"?

No siempre estoy de ánimo para esos jueguitos tontos de asustar a otros tontos. Me pasa, en muchas ocasiones, que abro la ventana por las noches, para entregarme a la solitaria contemplación del pedacito de esta cuadra que se detiene por efímeros recuadros, que se pierden en el mismo parpadeo que con paladas de tierra sepulta en esa penumbra del olvido, así como el sueño que se entierra con el despertar, y se mete la hijueputa mosquitera. Ya me ha dado dengue dos veces en esta vida. El dengue tiene cuatro serotipos, de los cuales se adquiere inmunidad de por vida por cada uno que se padece. Sin embargo, después de la segunda vez que un ser humano se infecta con dengue, tiene mayores probabilidades de desarrollar la forma grave del dengue, también conocida como dengue hemorrágico. Ya he aprendido, por eso tengo mi repelente, que compré en el D1 que abrieron a principios de marzo en mi barrio. Entonces, me lo echo en las piernas, que es donde siempre se dan banquete los desgraciados. ¡Y chan, listo el pollo con mi repelente producido científicamente a base de aceite herbal de *Cymbopogon Nardus* (conocido en Colombia como limonaria o limoncillo)! Aunque, cuando se me acabe el repelente me va a tocar volver a comprar, pues el eterno arroyo de la otra cuadra, por donde pasa la mierda revuelta con las ratas, los meaos, los escombros, y la basura que botan en él, o que tiran en algún otro lado y termina en él, pues... no me dan ni ganas de terminar la oración.

Hoy, más temprano, por ahí a las ocho de la noche, estaba sentado tristemente en la sala viendo Sábados Felices, cuando vi que Flor entró a mi cuarto que estaba desocupado, así como si nada. Me pareció curioso,

así que me despegué de la mecedora y me fui a buscarla. La encuentro en medio de la oscuridad, viendo a través de los barrotes de la ventana. Apenas asomada, la luz que viene de la calle le ilumina levemente la cara. Cuando me acerco a ella, sigo su mirada de manera instintiva con la mía. Afuera hay un escenario particular: en la calle, dos casas más arriba, hay una ambulancia y un carro de "Ami" parqueados frente a frente. Dentro de la ambulancia hay luz. Una gordita de camisa blanca se pasea de un lado a otro, allá en la parte de atrás, bajo la fría luz. La ambulancia tiene las luces de afuera también prendidas y le suena el motor. El carro está apagado.

—¿Qué pasó ahí? —le pregunto por preguntar.

—Nada, que se bajó una vieja del carro y salió un tipo de la ambulancia y le dijo: "Venga, entre a la ambulancia". —Y seguíamos mirando.

Entonces, me doy cuenta de que en la terraza de la casa de al lado está doña Ofelia y el señor Gustavo sentados en sus sillas plásticas mirando la misma escena. Flor me dice bajito:

—Ahí están sentados, La pareja de chismosos. —Se le escapa una leve sonrisa.

—Nojoda, parecen cámaras de vigilancia. —Yo me le uno con complicidad clandestina.

Ofelia se levanta intranquila, después de un par de minutos de estar pendiente del asunto, y se recoge con todo y silla, pa' dentro. Gustavo se queda firme en la terraza, bien aferrado a los brazos de la silla, valiente en su guardia, haciéndole frente a la situación, como apasionado reportero que, a pesar de los riesgos, aguanta con coraje para obtener un auténtico informe para la posteridad. A pesar de que, desde las entrañas de su casa, se escuche una voz vociferante dirigiéndose a él con el mensaje imperativo de que se ponga un hijueputa tapabocas.

Gustavo hace caso omiso, no puede dejar el frente de observación por un segundo, pues puede estar ante "algo grande". Entonces, después

de una breve espera, sale de la parte de atrás de la ambulancia un hombre regordete y bajito con un uniforme beige, enmascarillado. Va derecho al carro y se mete. Luego sale otro hombre con uniforme blanco, con mascarilla también. Este corre a la puerta del conductor de la ambulancia, la abre y pa' dentro. Arranca el carro, arranca la ambulancia. Se detienen lado a lado y se dicen algo que quizá el señor Gustavo alcanzó a grabar, para luego seguir sus rumbos, opuestos. Pero eso no se queda así, no, no, no. La voz vociferante vuelve a emitir un comunicado, pero esta vez para los vecinos de la cuadra. Mensaje que es transmitido al pelotón de esta división por nuestra Mayor Flor y que es, igualmente, de carácter imperativo: "¡De ahí se bajó un tipo que se esmegüó mientras lo pasaban pa' la ambulancia! ¡Traigan las mangueras!".

Aunque solo dos casas cumplieron la orden: la de la doña Ofelia y el señor Gustavo y la casa al frente de ellos, la del policía. La gente que pasaba por la calle se espabilaba cuando veían el pavimento mojado, con la espuma producida por el rastrilleo de las escobas y el chorro de agua desparramándose sobre este, y apresuraban la marcha.

La mirada se me escurre hacia arriba de nuevo. Hacia esa circular y ronroneante rejilla tan magnética. Y mirándola, de repente, comienzo a preguntarme por "corona". Así como de la nada, como un eco muy lejano que llega y resuena dentro de estas paredes. Y me dejo llevar por esas olas psicoacústicas que terminan por arrastrarme a su origen etimológico, de donde emerge esto:

La palabra corona nos viene del latín *corona*. Corona viene de una raíz indoeuropea (*sker-2-) relacionada con curvatura y de donde vienen las palabras curva y círculo. Pero la palabra latina, viene, a su vez, de la palabra griega κορώνη (*korone*), y aquí es donde se pone interesante

las palabras curva y círculo. Pero la palabra latina, viene, a su vez, de la palabra griega κορώνη (*korone*), y aquí es donde se pone interesante el asunto. Korone hace referencia a la corneja, un tipo de cuervo que tiene un pico particularmente curvado. La corneja, también conocida como *corvus corone*, es un ave adaptable, bulliciosa y extremadamente acomodaticia, la corneja es una de esas aves a las que siempre precede una injustificada mala fama, acusadas de devorar las cosechas, razón por la que han sido perseguidas durante siglos, olvidándose su beneficioso papel como controladoras de plagas agrícolas. Me parece una casualidad muy peculiar. ¿Será que ese cuervo microscópico, cifrado en ARN, que se pasea por todo este planeta tiene un papel beneficioso como controlador de plagas? Entonces, ¿cuál será la plaga que estará echando a perder la cosecha?

DICCIONARIO

DICCIONARIO DE LAURA ISABEL BALLESTAS TORRES

*Ganadora del primer lugar en Diccionario
Estudiante de séptimo semestre de Arquitectura*

brasier

m. Am. Ítem menos usado por la población femenina durante el año dos mil veinte.

capitalismo (quizá del gringo. ant. *exploitation*)

1. m. Pensamiento miope incapaz de imaginar un orden de desarrollo amigable con la naturaleza.
2. m. Fragilidad.

casa

1. f. Conjunto de edificios y calles, regidos por un cabeza de hogar, cuya población reducida se dedica, por lo común, a tareas domésticas.
2. f. Microciudad

ciudad

f. Conjunto urbano exterior que produce un terror muy intenso.

confinamiento

m. Causa de la recuperación de hábitats y especies amenazadas por el ser humano.

consciencia

f. Facultad única del ser humano capaz de aplanar una curva de contagio terminal.

coronavirus

1. m. Golpe al capitalismo a lo American Psycho.
2. m. Exhibidor de las crisis ambientales, económicas y sociales del mundo.

domingo (del lat. tardío *infinītus*)

m. Serie de siete días naturales consecutivos durante meses, años o siglos.

economía (del lat. tardío *infinītus*)

f. La que sí nos va a matar.

estómago

m. Parte del aparato digestivo de las personas que se va ensanchando descontroladamente durante un periodo de aislamiento en casa.

felicidad

f. Estado psicotrópico e intenso producido por la interacción física con un ser querido.

fiesta

f. Coletera alterna celebrada, por disposición legal, a través de videollamada grupal.

higiene

f. Capítulo del programa Mi Extraña Obsesión por Discovery

hospital

m. Infraestructura adaptable a edificios, parques, plazas y casas.

médico, ca

m. y f. Superhéroe, ína.

murciélago, ga (de Wuhan)

m. y f. Quiróptero insectívoro vedado en líquidos alimenticios.

presidente, ta

m. y f. Arquitecto, ta profesional con el deber de repensar la ciudad bajo una adecuación general e inmediata a los imprevistos sanitarios.

reunión

f. Acción y efecto de congregar personas a través de Zoom, o, en algunos casos, Google Meet.

soledad

m. Municipio que no hace caso.

supermercado

m. Establecimiento comercial que evoca la imagen del apocalipsis total.

tapabocas (quizá del fr. ant. tapaboque)

m. Ítem imprescindible para la supervivencia en sociedad.

veinteveinte

m. El año 0 de una nueva sociedad.

vida

f. Eso que todos perdimos.

virus

m. Del capital, del capitalismo o relacionado con ellos.

DICCIONARIO DE LUIS ELIT CARPIO SILVA

*Ganador del segundo lugar en Diccionario
Estudiante de noveno semestre de Ingeniería Civil*

clase virtual

1. Dícese de aquello que se cae, no sirve, no es tan útil; regularmente herramienta para pasar pena dejando la cámara o el micrófono abierto mientras cantas.
2. Nueva forma de hacer las clases más aburridas.
3. (Según algunos) Instrumento alternativo para tomar clases en medio de la crisis actual, siendo un reto nuevo, pero que con el tiempo todos se pueden adaptar, brindando ventajas y estrategias nuevas para el aprendizaje.
4. Aquello que no todos pueden, visualizando la gran desigualdad en la que está sumida la sociedad.

economía

1. Lo segundo más afectado por el virus, después de las personas.

familia

1. Gente que se parece a ti, tienen tu apellido y viven en tu casa.
2. Que ahora los ves 24/7 y te das cuenta de que tienen en común más de lo que pensaban.

3. (Lastimosamente para algunos) Donde todo es un desastre, hay violencia y hambre.

pico y cédula

1. Método utilizado por mandatarios locales para avisarte qué día te toca salir tratando de evitar cruzarte con un policía.
2. Estrategia para estresarte, igual nunca salías de casa, pero te molesta que te prohíban salir varios días.

subsidio

1. Que no llega a las personas que realmente lo necesitan.
2. Nuevo mecanismo para desviar recursos.
3. Posiblemente la única oportunidad de muchas familias para tener algo que llevarse a la boca.

DICCIONARIO DE ROBIN MAURY BARRERA

*Merecedor de la mención especial en Diccionario
Estudiante de tercer semestre de Comunicación Social y Periodismo*

bus

m. Medio de transporte en desuso.

cama (del b. lat. *cama*)

f. Hábitat natural de estudiantes, mayoritariamente universitarios.

carrera (del lat. *carrus*)

f. Lo que pasa cuando estamos en cuarentena.

calendario

m. Sistema de conteo temporal que palidece ante la homogeneidad de los días.

cola (infant.)

f. De lo que disfrutaban quienes no se sientan por más de 8 horas al día.

computador (del esp. *computador*)

m. La nueva cara del mundo.

cuarentena (del lat. *quadrāgintā*)

f. Periodo de prueba del precepto darwiniano: la supervivencia del más apto.

familia (del lat. *familia*)

f. Grupo inusual y ocasionalmente irritante con quienes se suele compartir el habitáculo.

libertad (del lat. *cuánto te quiero*)

f. Véase vida.

lluvia (del lat. *aún te esperamos*)

f. Fenómeno atmosférico que solía alegrar las calurosas tardes del Caribe.

mascota

1. f. Inequivoco acompañante.
2. f. Ser alegre.

paseo

m. Nombre de la distancia entre la habitación, el baño y la cocina.

pijama (Á. Andes)

f. Prenda tradicional que, en condiciones de aislamiento, adoptó el uso diario e invariable.

sueño

m. ¿Qué?

tiempo (del lat. *tempus*)

m. Concepto arcaico de cuyo significado no tenemos claridad.

vida (del lat. *vita*)

f. Lo que perdimos.



Esta obra se editó en Barranquilla
por la Editorial Universidad del Norte en julio de 2020.
Se compuso en Bebas Neue y Adobe Clean



Esta antología literaria estudiantil reúne los textos ganadores del concurso: Escrituras de una incertidumbre colectiva. El lector encontrará un contenido variado, creativo, equilibrado en los géneros de poesía, cuento, microcuento, crónica y diccionario. Toda esa valiosa creación joven tiene un eje central común: fue escrita en el duro contexto del aislamiento social obligatorio y preventivo por la crisis sanitaria de la pandemia. Esperamos que los lectores disfruten esta obra, al tiempo que identifican rasgos particulares de estas soledades que nos igualan en la profunda incertidumbre de un futuro como colectividad.

